

El soldado

Saben que estamos aquí, pero no harán nada hasta que nos dejemos ver. Desde donde estamos tumbados se pueden distinguir varias manchas oscuras en el hormigón gris, huecos detrás de los cuales los imagino, vestidos con sus restos de uniformes y empuñando rifles que nuestro propio gobierno les vendió. Separándonos, unos trescientos metros de tierra árida, quemada para robarnos el refugio que podría haber ofrecido. El de al lado está rezando, creo. Hay que esperar.

Una luz amarilla ilumina momentáneamente la pared de enfrente, pero ya es humo y escombros cuando llega el trueno ensordecedor. A partir de ahora se empiezan a suceder los misiles y apenas puedo oír la voz fría en el auricular ordenando la carga. Me levanto y echo a correr y a gritar, como los demás. Seguro que nos están disparando, pero no se puede oír. No sé si lo que me sobrecoge es miedo estupefaciente o incredulidad ante esta pesadilla. Los rastrojos pasan debajo rapidísimo, pero los edificios no se acercan. Estoy volando sobre el ruido. Ya no aparto la vista del compañero que va corriendo delante de mí, agachado por algún motivo; es mi avión, yo lo controlo como en un videojuego. ¡Ah! De pronto no es más que humo, me han dado (no, no, vuelve a la realidad, habrá pisado una mina). Ahora estoy solo, en una burbuja de humo, polvo y ese latido frenético. De alguna manera encuentro una inquietante tranquilidad, aquí en el seno del pandemonio. Empiezo a disparar mientras corro. Hay destellos, como de un faro que recoge sus cosas y se muda tras cada barrido de su haz, y emerge por fin el cemento vertical, precipicios de un inhóspito litoral en una noche de tormenta. A mi derecha veo una figura en una apertura legada por la artillería, gritando también. Cae abatido por las balas, las mías supongo. Entro, tropiezo, y allí me quedo, imposible incorporarse con el peso del eco. Dolor en mi espalda, hay un viejo pegándome con algún tipo de palo, y chillidos. No puedo pensar hasta que paren esos

chillidos. Uno de los golpes parece que provoca un reflejo como el que buscan los médicos en la rodilla, y mi bota aparta al enemigo hasta que consigo levantar mi arma y hacer blanco en su cabeza. Los gritos vienen de una niña que está en un rincón con una mujer. Ésta se levanta y me arroja una piedra que siento golpear mi mandíbula inferior. Una grotesca pirueta y estoy de rodillas. ¿Cómo se atreve esta infeliz a hacerme esto? No parece saber qué hacer, así que le disparo en el abdomen y comienzo a darle patadas, completamente enfurecido. Ya entiendo, la agonía no es por mi herida, viene de los chillidos que son como un tenedor en un plato de porcelana. ¡Cállate, niña! Voy hacia ella y la agarro por su pelo andrajoso ¡Cállate ya! Meto la boca de mi fusil dentro de la suya. Funciona. Su rostro parece la luna llena, semioculta por las nubes desgarradas de su cabello. Le despojo a tirones de su vestido harapiento, una vez celeste, supongo, hasta que queda al descubierto toda la pálida piel de esta última bocanada de aire fresco en medio del smog confuso y atroz. Cede alguna presa en mi interior y fluye agua hirviendo por todo mi cuerpo. Mía. Con la mano izquierda, comienzo a desabrochar torpe y apresuradamente mi cinturón. Todo se vuelve negro. Se levanta el casco y ahí está el encargado.

- ¿Está bien, Su Señoría? Ha sobrepasado el nivel de adrenalina, por eso se ha interrumpido la sesión.

Tengo sudor en los ojos. Desconecto mi traje sensorial, desciendo del simulador y me tambaleo hacia la primera silla que veo. Tenían razón.

- Póngame con el fiscal, voy a reconsiderar el veredicto.